

LIBROS RESEÑADOS

Lacre: traduções e versões de poesia, 3ª versão aumentada, de Vasco Gato, Lisboa: Língua Morta, 2017.

O poema é uma obra aberta que não acaba nunca, que permite um renascimento contínuo, um acender permanente da linguagem, o poema nasce outra vez no momento da sua leitura, mas também no momento do seu verter para outra língua, que implica em si mesmo um nascimento, porque cada língua é uma constelação de possibilidades que implica vibrações semânticas próprias. Cada palavra em cada língua tem a sua vibração e vertê-la para outra língua implica uma aderência mas também um novo nascimento, por isso mesmo o que *Lacre* de Vasco Gato nos oferece são versões, ou doutra forma, renascimentos de poemas que nos oferecem um mapa dos seus afetos, das suas aderências, dos seus instantes de acendimento. “Começa a vida nova,” poderia também dizer Dante de cada poema vertido para outra língua, uma nova viagem, uma migração para outro corpo, um outro corpo linguístico. *Lacre* trata-se de uma leitura acesa que nos ilumina uma constelação escolhida, pessoal, afetiva, um universo de 104 poetas, de distintos países e contextos, que passam a dialogar nesta obra através do português. Uma obra que se afirma como um mapa vivo que faz comunicar poéticas como as de Williams Carlos Williams, Lezama Lima, Yeats, Paul Celan, Lawrence Ferlinghetti, Diana Di Primma, Eugénio Montale, ou Fernando Valverde, um tempo que privilegia o século XX mas que se assume como um diálogo inter-geracional e interlinguístico (uma correspondência de afetos e de partilhas intemporais) que nos mostra uma grande diversidade de formas, conteúdos, temas e estilos que se unem pela visão da poesia como um espaço de possibilidade, *Lacre* é um espaço de comunicações raras, inusitadas, imprevistas, inesperadas, uma obra que rompe com a linearidade de um início e um fim, com toda a sucessão e que pede ser aberto num gesto intuitivo, marcado e sublinhado, acendido, algo nele nos remete para um tempo que não é o nosso, mas o próprio batimento poético. “É este o lugar de uma vida” (5), nos diz Vasco Gato no texto introdutório “Notas a um destinatário,” é este o lugar de uma vida, um corpo poético plural que afirma a sua unidade diversa, que nos mostra

o espaço poético tal como Emily Dickinson o viu, um espaço que habita a possibilidade, “uma casa mais ampla do que a prosa.”

Nuno Brito, 2017
University of California Santa Barbara.

Luis de Góngora, *Sonetos*, edición de Juan Matas Caballero, Madrid, Cátedra, 2019, 1740 pp.

Esta concreta edición de los sonetos de Luis de Góngora era muy esperada desde que se supo que iba a realizarse. Y había motivo para una espera que cabría calificar como expectante conociendo el gran crédito filológico de quien iba a llevar a cabo este trabajo, Juan Matas Caballero. Y ocurre que ese crédito se ha acrecentado considerablemente al editarse el volumen y comprobarse lo que comprende y las magnitudes del desafío acometido, y superado exitosamente. El referido estudioso es bien conocido en los ámbitos académicos como investigador siglodorista, y asimismo como consumado experto en la obra del escritor cordobés. El fruto de su tarea le ha supuesto un ingente esfuerzo, poniendo en el empeño todo el caudal de sus saberes técnicos y científicos al servicio de lo que ya constituye un hito en la edición de los sonetos gongorinos, no pocas veces editados, aunque nunca con el extremo rigor con el que Matas Caballero lo ha hecho. .

1739 páginas suma cuanto implican filológicamente estos *Sonetos*, y esta cifra genera ya una noción inmediata de que los aportes comprendidos en dicho volumen han sido numerosísimos, y de todas clases, no faltando nada que sea pertinente y exigible en una edición crítica rigurosa que merezca ese nombre en toda la extensión y plenitud de tan comprometido concepto. Y es que Juan Matas Caballero ha editado 212 textos que se han autenticado como fidedignos del autor de las *Soledades* y el *Polifemo* con ejemplar pulcritud crítico-filológica, y les ha añadido especificaciones léxicas y fraseológicas, comentarios diversos de índole histórica y literaria, la bibliografía *ad hoc* que concierne a cada poema, y por supuesto los manuscritos e impresos en los que figuran recogidos, muchos de ellos *integri*, en terminología de Antonio Carreira, es decir que recogen solo o en gran parte textos gongorinos.

Un extenso prólogo de unas noventa páginas precede a la edición propiamente dicha de los textos. Un prólogo en el que este Catedrático de literatura española de la Universidad de León demuestra de modo inequívoco haber asimilado muy bien la copiosa bibliografía crítica que concierne al genial y extraordinario poeta de Córdoba, desde la

considerada básica e imprescindible, hasta la contemporánea más reciente que reúne el requisito de solvencia, y comporta nuevas perspectivas. Y menos mal que, como prologuista, Juan Matas Caballero se ha contenido y ha hecho un notable esfuerzo por abreviar una materia en cuyo estudio no es factible, en puridad, poner punto final, porque siempre hay más cosas que decir y en las que abundar.

De no haber sido así, la editora y los que aguardábamos la aparición de este libro que ha supuesto tantos años de un trabajo intenso que habría acobardado a muchos filólogos, habríamos tenido que esperar mucho más tiempo para disponer de la obra, demorándose más una salida que estábamos impacientes por que se produjese. Acaso el prólogo que le hubiese gustado más a Juan Matas Caballero contendría más páginas de las que contiene, puede que incluso las duplicase, pero entonces el tomo se acercaría, y es una mera suposición conjetural, a las mil novecientas páginas, desmesurando apabullantemente cualquier otro libro de la serie. Más adelante volveré, en síntesis, sobre este excelente preliminar al que Matas Caballero ha puesto fin, al menos por ahora, a sabiendas de que, tratándose de Góngora, ese fin es meramente coyuntural.

Después del estudio introductorio, Juan Matas Caballero ha ido relacionando las fuentes manuscritas y las impresas, subdividiendo éstas en ediciones de las obras de Luis de Góngora, impresos con textos gongorinos y ediciones modernas de textos del poeta cordobés. A continuación se fueron enumerando por orden alfabético diferentes comentarios y otras fuentes informativas de carácter documental. Luego va una bibliografía que atañe a estudios gongorinos. Gracias a que se trata de entradas bibliográficas muy selectas, alcanza la cifra de unas veinte páginas, lo que de por sí ya es un número alto. Con todo, aún se añade un listado de los estudios que se citaron en el prólogo, y al que sigue otra lista relativa a obras no gongorinas de las que se ha valido el editor para su tarea. A tales informaciones sucede un índice de bibliotecas donde se custodian libros manuscritos atinentes a esta edición.

Tras la edición de los sonetos, los cuales conforman el tejido sustancial del tomo, Juan Matas Caballero ha incluido en el mismo tres apéndices de enorme utilidad. En el primero se ofrecen las clasificaciones subgenéricas de estas composiciones según constan en manuscritos e impresos. En el segundo, se proporcionan los datos relativos a la foliación, o en su caso paginación, en la que figuran los sonetos en todos y cada uno de los testimonios documentales donde se encuentran.

Finalmente, en el tercer apéndice consigna el editor datos acerca de las fuentes manuscritas e impresas en las que se recogen todos o una porción considerable de los sonetos del poeta de Córdoba. Sabemos bien que estos tres apéndices repletos de apretada información están destinados preferentemente a la consulta de estudiosos, especialistas y eruditos. Como entendidos en el oficio filológico, ellos sabrán sin duda valorar el ímprobo esfuerzo y la detallada y tenaz meticulosidad de una labor tan concienzuda como impagable por la que queda en deuda la filología española. Y a continuación de dichos tres apéndices se ubican tres índices, uno de láminas según aparecen en el libro; otro con el número de orden que lleva cada soneto; y un tercero refiriendo en sucesión alfabética los versos iniciales de cada composición.

Dije más arriba que me ocuparía brevemente del prólogo, y lo hago ahora. Comienza Juan Matas Caballero justificando haber secuenciado los sonetos por orden cronológico, y me parece acertadísima esa decisión, porque así podemos apreciar mejor la evolución de la escritura poética gongorina. Remarca acto seguido la fidelidad del poeta a esta poliestrofa, pues la cultivó por espacio de cuarenta y dos años. Hace hincapié también en un detalle muy significativo del poeta cordobés que no iba a pasar desapercibido al gran gongorista que fue Dámaso Alonso: Góngora no repitió verso alguno en ninguno de sus sonetos, una opción que respetó a rajatabla, como si sintiese, que debió sentirlo, un invencible horror a repetirse.

Luis de Góngora entendió, como explica Matas Caballero, que en el soneto cabe cualquier contenido, y así debió ser, a juzgar por la variadísima gama de asuntos que en esas composiciones llegaría a plasmar. Esa variedad ha propiciado múltiples diferenciaciones clasificatorias subgenéricas. Y ahí se asienta una de las razones poderosas para que el editor no guiase la edición de los sonetos por criterio distinto al cronológico. De este modo evitaba recaer en abrir secciones agrupacionales que siempre le hubieran dejado insatisfecho, amén de ver reiterarse una y otra vez parecidos parámetros cronológicos. Y al respecto no ha de olvidarse, por ejemplo, que los llamados poemas de circunstancias los fue elaborando su autor en sus distintas etapas y contextos históricos, biográficos y poéticos.

Ha de valorarse como muy adecuado, por tanto, que, en atención a la problemática descrita, su criterio se haya atendido al mismo que en su día sustentaron dos grandes editores gongorinos de períodos muy diferentes, Foulché-Delbosc, y Carreira. No lo hizo así la hispanista de origen lituano Biruté Ciplijauskaitė, autora de la única edición

independiente de los sonetos de Góngora hasta que los ha editado Matas Caballero, porque esta gran estudiosa agavilló los sonetos conforme a sus asuntos y subgéneros.

Los sonetos de Luis de Góngora han sido estudiados por Juan Matas Caballero encuadrándolos en cuatro apartados que no difieren sustancialmente de los propuestos en 2012 por Amelia de Paz. El primero se corresponde con el ciclo de juventud, predominando en él la huella petrarquiana y la praxis manierista. Abarcaría desde 1582 hasta 1586, o sea apenas un lustro. En los ciclos II y III domina la poesía de circunstancias, pero siendo en cada período distintas las circunstancias que afectaron al poeta, en el comprendido entre 1588 y 1608 lo que primó en sus versos fue el aspecto heroico y laudatorio, mientras en los años que median entre 1609 y 1616 lo más relevante serían las venas fúnebre y del desengaño cortesano. La fase última, la que va desde 1617 a 1624, encuadra los textos cuyo diapasón lírico-moral es el de senectud, además de composiciones de cortesanía con muy diverso referente. No falta en esos siete años de actividad creativa la vertiente satírica, como tampoco había faltado en las décadas precedentes.

En el decurso de su introducción, va exponiendo el editor nociones clave para el entendimiento de la poesía de Góngora, algunas asumidas de otros estudiosos, así la opinión de Fucilla según la cual las imitaciones del poeta fueron en realidad verdaderas re-creaciones. Otras veces es el propio Matas Caballero quien firma asertos reveladores, como el de que, en y de todos los géneros cultivados, el escritor cordobés “acabó liberándose y, con su liberación, transformándolos” (p. 12). Y difícilmente se puede decir de un poeta nada que tanga más valor para su perfil personal y para la historia misma de la poesía española.

Los sonetos de Luis de Góngora editados por Juan Matas Caballero constituyen el número 818 de la Colección Clásicos Hispánicos de Cátedra, y ya son un título excepcional en una serie de ediciones que, durante décadas, han dado prestigio a un catálogo abundante que, con esta sin par edición, llega a la culminación de su credibilidad filológica y científica.

José María Balcells

El Comentario de Juan Pediásimo a los “Cuerpos celestes” de Cleomedes. Estudio, edición crítica y traducción de Paula Caballero Sánchez, “Nueva Roma” 48, Madrid: CSIC, 2018, 353 pp. [ISBN: 978-84-00-10436-8].

El trabajo que ahora presentamos, que tuvo su origen en la tesis doctoral de la profesora Caballero Sánchez, supone la primera edición crítica y traducción de un comentario de carácter didáctico que el autor bizantino Juan Pediásimo (ca. 1240-1310/14), natural de Tesalónica, realizó a los *Caelestia* de Cleomedes, un filósofo estoico del siglo III d.C., con vistas a presentar a sus alumnos los rudimentos básicos de la astronomía, dentro del marco de las enseñanzas del *quadrivium*.

La vida y obra de Pediásimo se inscriben en el periodo inmediatamente posterior a la recuperación de Constantinopla por los emperadores bizantinos, tras la derrota del Imperio latino en 1261 a manos del Imperio de Nicea. Con la restauración del trono bizantino, el primer emperador de esta nueva etapa, Miguel VIII Paleólogo, hizo notables esfuerzos por revitalizar la actividad cultural, que había caído en una completa decadencia y abandono durante los turbulentos años de la dominación latina, mediante el estudio del legado griego antiguo.

La vida de Pediásimo, que se formó en Constantinopla, está marcada por tres hitos fundamentales:

a) su nombramiento en 1274 como *hypatos ton philosophon*, o “cónsul de los filósofos”, por el propio emperador Miguel VIII, cargo del que siempre se mostró muy orgulloso y que parece que, aunque en un principio estaba orientado hacia la enseñanza de la filosofía, acabó derivando en un título meramente honorífico que el emperador concedía a los grandes versados en la filosofía y en las materias del *quadrivium*, como fue el caso de Pediásimo;

b) nombramiento, en torno al año 1283, como *chartophylax* del arzobispado de Ocrida, que algunos han interpretado como una suerte de “exilio voluntario” que le habría llevado a abandonar la corte;

c) su nombramiento como *mezas sakellarios* de Tesalónica, en torno al año 1284, si es cierta la identificación que propone Alexander Turyn de Pediásimo con un tal Juan Poto.

Sin embargo, la información de los últimos años de su vida, según apunta la profesora Caballero, ha de ser revisada en profundidad a la luz del testimonio del ms. Vat. gr. 191, con anotaciones autógrafas del propio Pediásimo, según ha puesto de manifiesto Inmaculada Pérez Martín, que se extendieron hasta al menos 1303. A partir del testimonio de este manuscrito, hay que suponer que Pediásimo regresó a Constantinopla entre los años 1296 y 1302/1303, coincidiendo con la subida al trono de Andrónico II, quien promovió el mecenazgo y el apoyo a la actividad cultural como su antecesor, el emperador Miguel VIII. Su muerte, en todo caso, se habría producido en Tesalónica en torno a los años 1310/14.

Respecto a sus obras, por el hecho de que la mayoría vayan introducidas por los títulos de *hypatos* y de *chartophylax*, hay que suponer que el grueso de su producción se compusiera desde la época de Ocrida, es decir, a partir de los años ochenta del siglo XIII, o incluso desde los años setenta, pues, como se ha indicado, Pediásimo ostentaba el título de *hypatos* desde 1274.

Pediásimo fue ante todo un maestro¹ que impartió una enseñanza de carácter general en ámbitos tan diversos como la lógica, la geometría, la astronomía y la filosofía. Esto explica el carácter didáctico de la mayoría de sus escritos conservados, lo cual además favoreció su difusión, como demuestra el gran número de copias manuscritas que conservamos de sus obras, hechas desde la propia época del autor hasta el siglo XVII. Una de las consecuencias del didactismo en materias tan diversas es muchas veces la falta de originalidad, si bien, como apunta la profesora Caballero, es difícil fijar la auténtica aportación de Pediásimo en ámbitos tan específicos como los de las matemáticas y las ciencias, dado que aún algunos de sus comentarios permanecen inéditos y faltan ediciones más exhaustivas de algunas de sus obras.

De los diversos saberes de que se ocupó Pediásimo, uno de los más importantes fue la astronomía, campo al que pertenece el *Comentario* que el autor bizantino compuso en forma de escolios a los *Caelestia* del estoico Cleomedes, que constituyen el objeto de la magnífica edición que ha puesto a nuestra disposición la profesora Paula Caballero.

Los *Caelestia* constituyen una *eisagogé* o introducción escolar a la astronomía matemática, quizás del 200 d.C., obra seguramente de un maestro de filosofía, el tal Cleomedes, del que apenas se tienen datos. La importancia de esta obra radica fundamentalmente en que es la

¹ Sin embargo, fuera del ámbito didáctico, compuso también algunos poemas morales y un tratado de carácter jurídico.

única de este tipo que conservamos completa de la escuela estoica y en que es nuestra principal fuente para conocer ciertos aspectos prácticos de la filosofía de Posidonio, en particular, su método para medir la circunferencia de la Tierra. Todo apunta a que fue el interés suscitado por este método concreto, además de otras cuestiones astronómicas como la existencia o no del vacío extracósmico, lo que despertó el interés de los eruditos bizantinos del periodo de los Paleólogos por el texto de Cleomedes, pues la mayoría de los manuscritos que nos transmiten los *Caelestia* corresponden al periodo comprendido entre 1270 y 1350, durante el cual la obra de Cleomedes debió usarse como un manual escolar.

Entre esos manuscritos se encuentra el Edinburgh Adv. 18.7.15, parcialmente autógrafo del monje bizantino Máximo Planudes, donde en los ff. 1-54 el texto de los *Caelestia* se encuentra acompañado, entre otras cosas, de una serie de escolios (intercalados en el texto o en los márgenes). De estos escolios al menos 14 fueron incluidos en el *Comentario* de Pedrásimo, y como el manuscrito de Planudes es de en torno al año 1290, eso nos llevaría a situar la última década del siglo XIII como el *terminus post quem* para la composición del *Comentario*. Por tanto, esta obra pertenecería al último periodo de su vida que pasó en Constantinopla, cuando nuestro autor contaba ya con una sólida formación científica que le permitió abordar con garantías el comentario de una materia de la complejidad de la astronomía.

El *Comentario* de Juan Pedrásimo, aunque fue concebido para un uso fundamentalmente oral en las aulas, pretendía hacer una exposición sistemática de los contenidos principales de los *Caelestia* en forma de escolios encabezados por los *lemmata* de Cleomedes que fueron tomados literalmente del texto del autor griego. Según apunta la profesora Caballero, además del texto del Edinb. Adv. 18.7.15, que Pedrásimo debió usar para copiar los escolios antiguos al texto de Cleomedes, fruto de la colación de manuscritos que ella ha llevado a cabo, es posible que Pedrásimo también usara el ms. Vat. gr. 207 (s. XIII ex.), que seguramente habría podido consultar en Constantinopla.

El texto, en la forma en que nos ha llegado, no fue sometido a una última revisión o corrección antes de ser publicado, por lo que cabe preguntarse si el responsable de su puesta en circulación no habría sido alguno de los alumnos del maestro bizantino.

Respecto al contenido propiamente dicho, el comentario de Pedrásimo se centró en el libro I de los *Caelestia*, en cuestiones de naturaleza filosófica, astronómica y matemática.

En cuanto al orden de su exposición, después de justificar el título de la obra de Cleomedes (*schol.* 1), se hace la presentación de la cosmología estoica y peripatética (*scholl.* 2-18), con especial atención al tema del vacío. Pasa luego a tratar con una cierta amplitud conceptos astronómicos básicos (*scholl.* 18-35). El siguiente punto tiene que ver con la forma esférica de la tierra y los distintos métodos para medir su diámetro, en concreto, los de Posidonio y Eratóstenes (*scholl.* 36-40). El último apartado está dedicado al Sol y la Luna, con cuestiones diversas relativas a su distancia respecto a la Tierra y a los eclipses (*scholl.* 41-54).

Para facilitar la comprensión de sus explicaciones astronómicas, el texto, ya desde el arquetipo, estaba acompañado de figuras representativas que, por supuesto, el maestro bizantino debió usar en sus clases.

Por lo general, en sus explicaciones parte de la cosmología estoica y a continuación la confronta con la peripatética, de la que el bizantino es deudor. En ellas, Pediásimo no demuestra profundidad ni hace aportaciones novedosas —incluso algunas de sus explicaciones astronómicas contienen errores—, pero sí una gran claridad y didactismo, lo cual explica su éxito y difusión.

Entre sus fuentes principales figuran Aristóteles, Euclides y Teodosio de Trípoli, con los que se formó y de los que sacó el grueso de las enseñanzas que transmitió a sus alumnos.

Respecto a la edición del *Comentario*, se ha seguido el método filológico. Para fijar el texto se ha procedido a colacionar todos los manuscritos que transmiten esta obra del maestro bizantino, un total de 32, con idea de conocer la transmisión y la relación entre ellos. El aparato crítico presentado es positivo y recoge no solo las lecturas de los manuscritos más antiguos en orden cronológico por la mayor calidad de su texto, sino también las discrepancias entre el texto de Pediásimo y las ediciones críticas de sus dos fuentes principales, Cleomedes y Teodosio de Trípoli. No se ha incluido el habitual aparato de fuentes, sino que la mención de estas figura en las notas a la traducción. En la puntuación de los textos se ha seguido un criterio que respeta la sintaxis griega y el carácter matemático del texto. En la cuestión ortográfica, aunque se han respetado algunas formas del griego bizantino, no se han tenido en cuenta para la edición crítica errores del tipo del iotacismo o el betacismo, por no ser significativos. Finalmente, en la edición de los escolios se han incluido todos los de su *corpus*, incluso aquellos que no son de la autoría de Pediásimo.

En cuanto a la traducción, Caballero se ha propuesto ser lo más respetuosa posible con el texto original, tanto en su semántica y sintaxis como en el estilo, tortuoso y oscuro en ocasiones, del texto griego. La autora reconoce la dificultad con la que se ha encontrado a la hora de traducir ciertos términos del original, sobre todo los de carácter astronómico y matemático. Ello le ha obligado a acompañar la versión española de un importante aparato de notas que, además de tratar cuestiones relativas a las fuentes, sirven para aclarar puntos oscuros de un texto que, aunque se trate de un manual básico de astronomía matemática, contiene muchas cuestiones que, sin las pertinentes explicaciones, harían difícil seguir las explicaciones de Pedíasimo.

Pero además de poner a disposición del lector un texto griego muy depurado, fruto de la colación de todos los manuscritos conservados del *Comentario*, y una excelente versión española, que con la ayuda de las notas permite seguir sin problema las explicaciones del maestro bizantino, una de las aportaciones más notorias del trabajo de la profesora Caballero es el extenso y detallado análisis codicológico y descripción paleográfica de todos los manuscritos que transmiten el *Comentario* de Pedíasimo, que abarca las pp. 55-137, basado en la autopsia de los mismos, así como el estudio de la transmisión manuscrita, que comprende las pp. 138-180.

Respecto al análisis codicológico, además de la descripción codicológica básica (datación, material escriptorio, dimensiones y número de folios), se incluye también, entre otras cosas, el contenido íntegro del manuscrito, la fasciculación y encuadernación, el material y filigranas y la descripción de las manos que copiaron el texto de Pedíasimo y su posible identificación. En todos los casos se indica la fecha en que la autora realizó la autopsia del manuscrito.²

Respecto a la tradición manuscrita, a partir de la colación de los 32 manuscritos conservados del *Comentario*, la profesora Caballero Sánchez ha podido extraer las siguientes conclusiones:

1. Dado que todos los manuscritos comparten errores comunes, todos deben descender de un único ejemplar que ya contenía esos errores, que constituye el arquetipo de la tradición manuscrita y que muy bien pudo tratarse del autógrafo de Pedíasimo.

2. Aunque es muy difícil identificar el manuscrito que el autor bizantino pudo utilizar para componer el *Comentario*, Caballero Sánchez

² Como reconoce la autora (p. 55), los únicos manuscritos que no pudo estudiar *in situ* fueron los custodiados en bibliotecas británicas, para los cuales recurrió a la información codicológica aportada por Carmen García Bueno.

apunta al manuscrito F (Vat. gr. 207, s. XIII *ex*), que contiene además de los *Caelestia* de Cleomedes, los *Elementa* de Euclides, los *Topica* de Aristóteles y una traducción griega del *De consolatione philosophiae* de Boecio, obra de Manuel Holobolo, posible maestro de Pediásimo.

3. Respecto a la naturaleza del arquetipo, es posible que Pediásimo preparara un texto en el que se presentaran los *lemmata* de Cleomedes como introducción a sus escolios.

4. El arquetipo debía ser un texto no completamente revisado, por algunos de los errores que luego transmitió a sus descendientes.

5. Como ya se ha apuntado, el arquetipo contaba con las figuras explicativas que aparecen en los manuscritos del *Comentario* que nos han llegado, así como con los escolios antiguos que Pediásimo debió tomar del ms. Edinburgh Adv. 18.7.15.

6. Por último, a finales del siglo XIV debieron hacerse dos copias de la obra de Pediásimo, N (Monac. gr. 482), hecha por Neófito Prodomeno, y β , que constituyen la base de toda la tradición manuscrita del *Comentario*, pues a partir de ellas se copiaron 31 manuscritos.

A modo de conclusión digamos que el trabajo de la profesora Cballero Sánchez demuestra la extraordinaria importancia que tiene, a la hora de fijar un texto antiguo, conocer toda la tradición manuscrita conservada del mismo, para determinar no solo la versión del texto más cercana posible al original —el objetivo de cualquier buena edición crítica que se precie—, sino también para establecer todas las posibles relaciones existentes entre las diversas ramas de esa misma tradición. En el caso concreto de la obra de Pediásimo, creemos que la autora ha establecido el modelo a seguir para proporcionar a los investigadores y simples lectores unos textos fiables que nos permitan apreciar en su justo valor la que para nosotros es la principal aportación del maestro bizantino, hacer accesible a sus alumnos los arcanos de la astronomía griega antigua.

Cristóbal Macías
Universidad de Málaga

José Luis Puerto, *Abecevarios*, Universidad de León, 2018, 173 pp.

De verdaderamente singular, por su gran originalidad y por su significación literaria y especialmente poética, hay que calificar la entrega lírico-plástica a la que su autor, José Luis Puerto (1953), puso el título de *Abecevarios*, un título que responde, mediante el trueque de una “d” por una “v”, al hecho de haber reunido “varios” cuadernos inspirados, de compleja manera, en las letras del alfabeto, en las letras del abecedario. Es éste, sin duda, un conjunto poético muy atípico en el mosaico creativo español e hispánico contemporáneos, pues las creaciones que comprende conjugan la plástica y la poesía, dos espacios que no solo pueden ser y verse como colindantes, sino que, como demuestra este libro, a veces se imbrican, se solapan, se implementan potenciándose entre sí, e incluso alcanzan a fundirse en el hondón de donde emanan, al haber nacido en la misma raíz espiritual, o si se quiere anímica, expresándose al unísono como una manifestación bifronte de ella.

Cuando uno atiende al itinerario intelectual de José Luis Puerto, advierte enseguida un sello distintivo que, entre muchos otros, le singulariza entre los poetas contemporáneos en lengua española. Es el de que, amén de ser un poeta señero de un universo propio muy suyo, caracterizado en buena medida por la poetización de lo sencillo, y amén de que su trayectoria sea bien valorada y muy reconocida, es asimismo un cualificado etnógrafo. A dicha área de conocimiento ha hecho aportes sustanciales, en particular centrados en trabajos tan áridos como útiles y clarificadores sobre tradiciones castellanas y leonesas. En virtud de esas tareas, aunque sobre todo por su remarcable obra poética, este salmantino de La Alberca obtuvo muy merecidamente en 2018 el Premio Castilla y León de Las letras.

Haber mencionado expresamente la dedicación a la etnografía, y lo que supone en interés verdadero acerca del acervo popular tradicional, en modo alguno resulta ocioso a vueltas de *Abecevarios*, porque el propio José Luis Puerto ha conectado este libro con estímulos originados en su albercano ámbito natal. No voy a excusarme por aducir acto seguido una cita que no procede recortar, y que pertenece a un escrito suyo incluido en esta obra, precediéndola. En él se atestigua cómo le impresionaron los bordados que de niño veía tejer en La

Alberca, y cómo aquella fascinación infantil ha fructificado en el universo de *Abecevarios*. Dice así: “Hemos de explicar también nuestra fascinación por la policromía y el uso que de ella hacemos. Una de sus raíces se encuentra en los antiguos bordados policromos, —con fascinantes composiciones con figuras de animales y de plantas, más diversos trazos geométricos—, que, sobre telas blanquísimas, tejían nuestra madre y las mujeres que la acompañaban, con hilos de vivísimos colores, en los jardines o cortinales (verdaderos paraísos cerrados) que se encontraban detrás de las casas. Al tiempo que nos cuidaban a nosotros los niños, ellas bordaban y nosotros jugábamos, bajo la protección femenina y maternal. Tales policromías, tales figuras, han pasado a formar parte de nuestro imaginario personal” (p. 12).

He aquí, así pues, una germinación clave en este libro, en el que convergen, es obvio, otras varias, una de ellas señalada por la profesora Bénédicte Mathios, de la Universidad de Clermont Auvergne. Me refiero a que alega, en el prólogo a la obra, la práctica del letrismo como un antecedente literario en el que puede inscribirse, y no le falta cierta razón. Incluso pudiera añadirse que es difícil imaginar que José Luis Puerto no estuviese al tanto de cómo se fue produciendo y evolucionando esta tendencia, esta aventura vanguardista, en los setenta, al igual que conoció otros vanguardismos anteriores.

No obstante, el juego que esa poesía experimental de posguerra dio a las letras del alfabeto fue aleatorio, y nunca secuencial y sistemático, como lo podemos leer y visualizar en José Luis Puerto. El letrismo fue una práctica experimental en la que a menudo prima lo lúdico sobre la interiorización. No así en *Abecevarios*, donde lo epidérmico se subordina a lo íntimo, hasta el punto de que cada página es un girón anímico, y todas juntas conforman una cartografía del alma del poeta.

Entiendo que un nombre que puede y ha de ser invocado a la hora de referirnos a *Abecevarios* es el de Rafael Alberti. Acordémonos de su libro, presentado como carpeta, *El lirismo del alfabeto*, iniciado a fines de los sesenta, y que continuó a comienzos de la década siguiente. El gaditano caligrafiaba las letras, se valía de cromatismos, y las iba asociando, aunque no siempre, a palabras que suscitarían el meollo lírico. A José Luis Puerto, gran conocedor de la creación poética albertiana, debió llamarle la atención esa faceta de quien fue uno de los referentes poéticos contemporáneos. Con todo, también aquí procede agregar que el escritor salmantino ha profundizado todavía más en ese tipo de creaciones que asimismo recuerdan en algunos trazos a los caligramas. En cualquier caso, en Alberti luce el arte del arabesco cromático. En

Puerto, lo fundamental no es la admiración ante la plasticidad, sino la expresión de sentimientos y de reflexiones que translucen el complejo mundo personal del autor.

Una vez admitido el ascendiente del letrismo, a mi entender el influjo albertiano resultaría más relevante para acercarse uno a estos *Abecevarios*, aunque más pertinente todavía estimo la cita de José Luis Puerto ya trasladada. En ella se comprenden valores impregnados en este libro: el cromatismo y los trazos geométricos bordados en telas muy blancas que eran “verdaderos paraísos cerrados.” También es un paraíso cerrado este *Abecevarios*, pero cerrado en su abisal adentramiento en una interioridad hondísima, lo que no obsta para que encontremos igualmente ludismo, claridades, iluminaciones y gran inspiración en unos textos poético-visuales en los que su autor ha hecho bien visible su talento plástico.

Esta reseña toca a su fin. No procede prolongarla, porque desbordaríamos la función del reseñista. La tarea del análisis, del desmenuzamiento de *Abecevarios* habrá de corresponder a otros, y principalmente a quienes vayan a ocuparse con rigor de la obra poética de José Luis Puerto. Quienes sean los que acometan este reto, seguro que lo encontrarán apasionante, porque este libro se sitúa a años luz de la posmoderna corriente de la caligrafía creativa, del *lettering*, o del *hand-lettering*. En *Abecevarios* se albergan las claves más significativas de este escritor, influjos incluidos, entre ellos San Juan de la Cruz y Juan Ramón Jiménez.

José María Balcells

